

Revista chilena de historia social popular

# REVUELTAS

SANTIAGO, CHILE | NÚCLEO DE HISTORIA SOCIAL POPULAR  
AÑO 05 | NÚMERO 09 | JULIO 2024 | ISSN 2452-5707

## RESEÑAS

**Silvia Federici, *El patriarcado del salario. Críticas feministas al marxismo* (Buenos Aires, Tinta Limón, 2018) 115 pp. ISBN: 978-987-3687-39-6**

**Mauricio Andrés Faúndez Parra**

Magister en Historia ©

Universidad Nacional Andrés Bello.

Santiago de Chile, Chile

✉ [maf1021@gmail.com](mailto:maf1021@gmail.com)

ORCID [0009-0007-8710-1304](https://orcid.org/0009-0007-8710-1304).

La aproximación marxista constituye un insumo teórico que ha permitido el análisis del mundo del trabajo. Dado el entendimiento que ofrece de la organización capitalista, el concepto de historia y la lucha de clases como coeficiente de cambio, esta ha representado un sustrato teórico para el analista del pasado, así como también ha ofrecido argumentos sólidos para la acción política. No obstante, tampoco podemos digerir de forma íntegra todas sus propuestas, puesto que se cae con ello en una postura doctrinaria que hoy en día es injustificada. El libro *“El patriarcado del salario. Críticas feministas al marxismo”* de Silvia Federici es un elocuente ejemplo de esta actitud de meditada crítica ante las propuestas de Marx.

Se publica en castellano por la editorial colectiva y autogestionada Tinta limón en su colección Nociones Comunes, e impreso en Chile en 2021 por editorial Lom. Esta colección, que se caracteriza por títulos de teoría crítica en temas académicos y de contingencia, publicó en 2010 el libro *“Calibán y la bruja. Mujeres, cuerpo y acumulación primitiva”*, de la misma autora (tiene 2<sup>da</sup> edición en 2018) donde se analiza el proceso de acumulación originaria del capitalismo. En este sentido, *El patriarcado del salario* contiene aproximaciones complementarias que desarrollan una crítica a la acumulación capitalista y las relaciones de género que ésta configura.

Es una compilación de textos breves: la introducción es originalmente una conferencia que la autora dictó en un congreso en 2017; el 1<sup>er</sup> capítulo es un artículo escrito en coautoría en 1974, pero que en su momento fue rechazado y se publica ahora; le sigue un texto publicado originalmente en inglés en un libro colectivo en 2017; el siguiente es un escrito inédito presentado por primera vez en este libro; y el 4<sup>to</sup> corresponde a un texto publicado originalmente en inglés el año 2014 en una compilación colectiva. La reunión de estos escritos posee un núcleo que se sostiene en base a tres ejes: uno histórico, otro de crítica teórica y, finalmente, un eje político. Los tres se retroalimentan, giran en torno a las temáticas del salario, la división sexual del trabajo y la división entre trabajo productivo versus trabajo reproductivo. Todas las secciones del libro pivotan sobre estos temas.

La autora reconoce constantemente que la teoría marxista ha representado un sustento teórico de gran importancia para el feminismo, iniciando por el hecho de que ambos tienen la afinidad de perseguir la liberación humana. Principalmente, por el concepto que Marx tiene de la historia como un proceso que se construye a partir de la confrontación, lo que implica que “No se puede estudiar la historia desde el punto de vista de un sujeto universal, único” (p.7). Ello, tiene al menos dos consecuencias teóricas (y prácticas) trascendentales: la primera es que en la historia deben ser consideradas las variables de clase, género y raza; y

segundo, que la historia no es un proceso natural sino una construcción. De por sí este reconocimiento no es algo novedoso hoy en día, pero sí implica un paso epistemológico cualitativo toda vez que se desnaturalizan los sujetos históricos.

En esta línea, Federici señala que dicha concepción ha servido al feminismo para luchar en contra de la “idea del eterno femenino” (p.8), el cual es un discurso que valida la posición de la mujer como subordinada y relegada a espacios domésticos. La crítica feminista al marxismo proviene, entonces, porque el propio Marx, a pesar de haber demostrado cierto atisbo de “conciencia feminista”, no profundizó en los temas de género, salvo, como dice en el 2<sup>do</sup> capítulo, en notas marginales dispersas al interior de su obra.

Otra crítica importante en la obra de Federici ya no es tanto contra el propio Marx, sino contra sus continuadores. Se enfoca sobre la visión utópica de la liberación humana que llegaría después de superado el capitalismo, y luego sobre la idea derivada de ella y profesada por las izquierdas dogmáticas donde, para superarlo, hay que desarrollarlo aún más. Se refiere a la tendencia “aceleracionista” que busca un mayor desarrollo del capitalismo en tanto más mecanización y tecnologización. Pero que también asume al capitalismo como un estadio histórico inevitable en el desarrollo de la humanidad, lo cual tiene otras varias implicancias que deben ser discutidas detenidamente en otra instancia.

Dicha crítica no viene de una lectura teórica propiamente tal, más bien de la experiencia histórica de las manifestaciones que se dieron desde fines de los años sesenta y durante los setenta del siglo XX. Movimientos por los derechos civiles, demandas de descolonización y, entre ellos, el movimiento *Wage for Housework* que demandaba salario para el trabajo doméstico femenino no remunerado. Todos ejemplos de movimientos sociales que ponían en evidencia que el capitalismo no les ofrecía una perspectiva próxima de proletarización. En definitiva, que existe un importante segmento de trabajadores no asalariados en el mundo que el sistema económico no tiene la capacidad de ofrecerles desarrollo.

Asimismo, se critica a las izquierdas dogmáticas que plantean que la solución sería más desarrollo del capitalismo, toda vez que ha demostrado no ser el camino para este gran conjunto de trabajadores. La lectura que hace la autora de este proceso es, sin duda, un buen ejemplo de cómo la contingencia interpela la agenda investigativa y, al mismo tiempo, que la experiencia histórica y la teoría sustentan posiciones políticas. Esta estructura circular puede hacer que se repitan argumentos a lo largo del libro.

El problema del salario es el centro medular del texto. Este “es un elemento esencial en la historia del desarrollo del capitalismo porque es una forma de

crear jerarquías” (p. 15). A lo largo de los últimos siglos ha servido para crear divisiones entre la clase trabajadora muy útiles al capital. Para Federici, reconocer la manera en que se ha empleado este factor es esencial para conocer esa historia.

La indagación histórica se circunscribe entre aproximadamente 1840 y 1920. Es citada en todos los escritos compilados, pero se la trabaja monográficamente en el capítulo 3. En ese periodo se desarrolla un cambio notable en la clase trabajadora: la creación de la familia proletaria nuclear. En consecuencia, se reseña la investigación de Marx sobre la 1<sup>era</sup> Revolución Industrial como un periodo de explotación radical en que mujeres, niños y hombres trabajaban en fábricas durante jornadas extensísimas, con poco o nulo espacio a la vida familiar. Dicha situación fue notada por los capitalistas hacia 1870 en el mundo anglosajón, preocupados por la dotación de fuerza de trabajo en el cambio en la matriz explotadora hacia la industria pesada (la 2<sup>da</sup> Revolución Industrial). Necesitaban un obrero más fuerte y repuesto cada día. La solución sería multifactorial, sacar a las mujeres y los niños de las fábricas, poner a unos en escuelas y a las otras en las casas para preocuparse de la atención de los obreros en el seno doméstico. Por tanto, se incrementaron los salarios, creando así un salario familiar masculino que, a su vez, decantó en la subordinación de la mujer respecto del hombre dentro del hogar debido a esa dependencia salarial, cuestión que la autora denomina “patriarcado del salario”.

La autora define la transformación con la categoría marxista de “subsunción real”, que describe “un proceso por el cual el capitalismo, con su historia y su desarrollo, reestructura la sociedad a su imagen y semejanza de formas que sirvan a la acumulación” (p. 13). La nueva división del trabajo planteaba, a fines de siglo XIX y primeras décadas del XX, ser una manera eficiente de poner al servicio del capital una gran parte de la fuerza de trabajo sin la necesidad de remunerarlo. Asegurar este rol de la mujer implicaba dotarlo de un nuevo sentido, en este caso, el trabajo doméstico como un acto de amor filial revestiría a la mujer de una moralidad distintiva. La mujer de hogar sería dotada con la etiqueta de “buena” frente a las otras “malas mujeres”, como las prostitutas. Aquella distinción sería indispensable para sustentar el trabajo no remunerado en las casas (p. 74).

Tal transformación descrita no fue vista por Marx, dado que su investigación se basó en el primer periodo de explotación y la crítica de Federici considera esa limitación; es en lo que respecta a la concepción de trabajo productivo versus trabajo reproductivo donde pone todo el énfasis. Así pues, le critica a Marx que identifica el trabajo asalariado industrial como la forma normativa de producción social, pero sobre todo le critica el hecho de creer que la reproducción de la fuerza de trabajo quedaba en manos de la circulación de las mercancías, así como que la procreación sería un proceso natural. Plantea, en su lugar, que el

trabajo productivo no se sostiene así, sino que necesita del trabajo reproductivo, puesto que este último es el que produce al primero.

Sumado a lo anterior, es muy difícil (sino imposible) mecanizar el sexo, el cuidado y la crianza que son, en definitiva, actividades comprendidas dentro del rol asignado a la mujer. De todo el proceso descrito y las implicancias teóricas y prácticas involucradas, surge una constatación de gran importancia: que el capitalismo ha subordinado las labores reproductivas femeninas no remuneradas bajo la dependencia del trabajo asalariado masculino y, en consecuencia, se extrae de la clase obrera más trabajo no asalariado que asalariado.

Por ese motivo es que plantea, junto con otras autoras feministas, la necesidad de reconstruir las categorías marxistas y migrar el centro de las labores productivas hacia las reproductivas. Ello, permitiría elaborar una teoría de las relaciones de género y una nueva manera de entender la lucha de clases, así como ayudarnos a comprender la forma en que se han construido distintos regímenes laborales de desigualdad y subdesarrollo.

Se puede sacar la conclusión de que el trabajo no asalariado, al parecer al margen del capital, está igualmente organizado por este. Pero, por sobre todo, permite fundamentar la postura política de los comunes, una propuesta política que se desarrolla hacia los últimos apartados del capítulo cuarto, donde se ponen en el centro las actividades de cuidado y colaboracionismo frente a la acumulación capitalista que tiende a la desintegración de los tejidos sociales.

El libro de Federici no tiene la pretensión de presentar un itinerario histórico-crítico exhaustivo, más bien es una indagación acotada, no por ello falta de mérito, sobre un problema específico del mundo moderno, mostrando bases teóricas, empíricas y políticas.